

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 229

Valencia, 18 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

**Me limito  
a formular la  
cuestión ante  
el Consejo, dejando  
a la conciencia de  
cada uno la conside-  
ración de su alta tras-  
cendencia moral**

## DISCURSO

### pronunciado por el Jefe del Gobierno, señor Negrín, en el Consejo de la Socie- dad de Naciones, el 16 del actual

«Señor Presidente: El Gobierno español ha presentado al Consejo la nota relativa a la integridad de la navegación en el Mediterráneo. Yo me limitaré, por consiguiente, aquí, a tratar esta nota concreta, que no constituye más que un aspecto limitado del conjunto de los problemas internacionales surgidos con ocasión de la lucha en España. Espera examinar ampliamente, por otra parte, en una ocasión próxima, ante la Asamblea, la intervención extranjera en la lucha española.

**PALABRAS DEL 11 DE DICIEMBRE DE 1936.**

Permitidme ahora recordar unas palabras pronunciadas por el representante de España el 11 de diciembre de 1936 durante la reunión extraordinaria del Consejo, convocada a petición del Gobierno español: «Estamos persuadidos de que, incluso antes de la insurrección, los rebeldes han contado con una ayuda moral y material extranjera, ayuda y colaboración cuya importancia y eficacia, en lo que respecta a la guerra terrestre y aérea, no puede ser puesta en duda seriamente por persona alguna. Pero esta ayuda, aunque no sea menos perjudicial para el pueblo español y menos atentatoria al Derecho internacional, no presenta el mismo riesgo inmediato desde el punto de vista de la paz general. La actividad de los tanques y de los aviones extranjeros en territorio español, no era, ciertamente, menos grave para España que la actividad de los barcos de guerra y de los submarinos en las proximidades de las costas españolas. Pero, evidentemente, esta última actividad constituye un riesgo mucho más inminente para la paz general. Cortar de raíz este riesgo, evitar su desarrollo, remediar el mal antes de que sea irremediable, éste ha sido el objeto del Gobierno español, cuando ha tomado la iniciativa de esta reunión.»

**ALEMANIA Y SUS PROVOCACIONES.**

El estado de cosas ante el cual nos encontramos hoy, muestra de manera terminante hasta qué punto nuestras advertencias y nuestros pronósticos estaban justificados. Pero en este proceso que ha conducido a la situación «intolerable» actual, hay un episodio sobre el cual el representante de España tiene el apremiante deber de llamar la atención del Consejo. Me refiero al criminal bombardeo de la ciudad abierta de Almería por las fuerzas

navales de Alemania, bajo pretexto de represalia contra el supuesto ataque del acorazado «Deutschland» fondeado en aguas rebeldes. No es, en modo alguno, mi intención, abrir hoy un debate sobre el incidente del «Deutschland». Hemos sostenido siempre, y continuamos sosteniendo, que los aviones españoles se vieron obligados a responder al ataque de que fueron objeto primero por parte del «Deutschland». Esta misma versión ha sido virtualmente confirmada por el almirante Raeder en las declaraciones que hizo en los funerales de los marinos muertos. Alemania, como en el pretendido incidente de unos días más

ser grave, se ha hecho «intolerable», como consecuencia de agresiones repetidas, de las cuales han sido víctimas en diferentes zonas del Mediterráneo barcos mercantes, primero de nacionalidad española, y después, de otras nacionalidades. En la nota remitida por el Gobierno español al secretario general el 21 de agosto, figuran ya informaciones sobre las circunstancias en que han sido ejecutados varios de estos ataques, y no quiero distraer la atención del Consejo sometiéndole nuevamente estas informaciones. Por otra parte, en relación a uno de los casos, el del barco «Campeador», echado a pique por dos destructores italianos a lo largo de la costa de Túnez, comunico hoy mismo al secretario general, para información de los miembros de la Sociedad, el

### La tripulación del «Campeador» se vió condenada a morir abrasada por las llamas del petróleo, que se extendía en sábanas de fuego sobre el mar, o a ahogarse

tarde al «Leipzig», hizo imposible toda encuesta imparcial destinada a establecer los hechos, y aprovechándose de la imposibilidad momentánea en que nos hemos encontrado para responder a su provocación con la fuerza, decidió no atacar a uno de los barcos de guerra o a una de nuestras fortalezas costeras, sino destruir en la más completa impunidad un gran número de casas de la ciudad abierta de Almería, y asesinar a un número considerable de sus pacíficos habitantes, lo que provocó una profunda emoción en la opinión pública. Esto me lleva a plantear ante el Consejo la cuestión siguiente: La indiferencia y la pasividad oficiales ante las cuales tan monstruosos crímenes han podido perpetrarse, ¿deben interpretarse como significativas de que en el porvenir, actuaciones de esta naturaleza, consideradas hasta ahora por la conciencia universal como verdaderos atentados a la ley internacional, van a ser aceptadas como actos lícitos y regulares? Me limito a formular la cuestión ante el Consejo, dejando a la conciencia de cada uno la consideración de su alta trascendencia moral. El Gobierno español, por su parte, considera que se trata de un caso que compromete directamente la responsabilidad de la comunidad internacional entera, y especialmente la de los países llamados a ejercer en su seno una función de dirección moral.

**SITUACIÓN «INTOLERABLE» — ATAQUES DE ITALIA.**

Estas últimas semanas, la situación, que no ha dejado nunca de

nunciando a utilizar las facilidades de orden personal y material que la Sociedad de Naciones ofrece en Ginebra a las reuniones internacionales.

Pero el Gobierno español debe lealmente manifestar su asombro y formular su más enérgica protesta contra el intento de examinar y decidir cuestiones relativas al Mediterráneo por una conferencia internacional en la cual España no se encontraría representada, tanto más cuanto que la representación de España en el caso presente, hubiera estado doblemente justificada, primero por su calidad de potencia mediterránea que nadie osará poner en duda, y segundo por el hecho de que los barcos españoles han sido las principales víctimas de la situación de inseguridad con la que se trata de acabar.

**ELOGIO Y CRÍTICA DE NYON.**

A pesar de estas objeciones de principio, reconozco lealmente que la

Conferencia de Nyon señala un progreso considerable en relación al Comité de no Intervención, en lo que se refiere al espíritu de decisión y a la rapidez con que se logró ponerse de acuerdo sobre medidas prácticas y concretas.

Por otra parte, no desconocemos que las medidas fijadas en Nyon pueden contribuir útilmente a reducir la inseguridad de la navegación en el Mediterráneo, a condición de que sean aplicadas con energía y firmeza. Sin embargo, el Consejo me permitirá, estoy seguro de ello, que yo formule aquí algunas observaciones en relación con los acuerdos, ya que España no ha sido llamada a participar en las reuniones de Nyon.

A pesar de todo, invitado o no invitado a participar en Nyon, España es y será una potencia mediterránea, y el punto de vista español no podrá ser descuidado en la solución de un problema relativo al Mediterráneo.

**LAS TRES LIMITACIONES**

Estos acuerdos ofrecen a los barcos mercantes no españoles la garantía de una sanción colectiva, prácticamente confiada, de hecho, a las flotas británica y francesa, contra los ataques de submarinos ejecutados en «forma contraria a las reglas del Derecho internacional enunciadas en el Tratado internacional de limitación y de reducción de los armamentos navales firmado en Londres el 22 de abril de 1930 y confirmadas en el Protocolo firmado en Londres el día 6 de noviembre de 1936», pues si el ataque fuera ejecutado de conformidad, esas reglas

no serán objeto de sanción colectiva; es decir, que contra los ataques ejecutados en estas condiciones, como hasta hoy, no habrá más que la protección que cada Estado pueda asegurar a sus propios barcos por sus fuerzas navales.

La protección establecida en Nyon está, por otra parte, limitada a los ataques realizados por submarinos. Los realizados cualesquiera que sean sus circunstancias, por barcos de línea, están fuera de la sanción colectiva, y corresponderá, como hasta hoy, a cada país el proteger a sus propios barcos contra estos ataques por sus propios medios.

Por último, una tercera limitación, que para España es la más grave, se refiere a la exclusión total y sin reservas de los barcos españoles del sistema de protección colectiva. Los barcos españoles pueden ser echados a pique por submarinos o por barcos de línea en cualesquiera condiciones, sin que los acuerdos de Nyon se encuentren violados. Esto es tanto más grave cuanto que, como los rebeldes no poseen submarino alguno, los ataques submarinos de que puedan ser víctimas los barcos españoles, no podrán ser ejecutados más que por submarinos de nacionalidad desconocida.

**LOS ACUERDOS DE NYON MINUS LAS GARANTÍAS NAVALES.**

De manera que, examinados en su conjunto, los acuerdos de Nyon han instituido una sanción de carácter colectivo para una cierta categoría de ataques: los realizados por submarinos contra barcos no españoles y ejecutados en forma contraria a las reglas establecidas en el Tratado naval de Londres de 22 de abril de 1930. Reconozco que desde un punto de vista práctico, pueda decirse que estos acuerdos aumentan de una manera efectiva la seguridad de la navegación en el Mediterráneo. Sin embargo, quiero llamar la atención del Consejo sobre el peligro, un grave peligro, que ofrece esta forma de proceder. De hecho, los ataques no comprendidos en esta categoría especial, quedan, como ya hemos indicado, en la misma situación existente hasta el presente; es decir, que los barcos que pueden ser víctimas de ellos no gozan más que de la protección que su Estado respectivo se encuentre en condiciones de asegurarles por sus propias fuerzas navales. Desde el punto de vista moral, e incluso desde un punto de vista estrictamente jurídico, estos barcos gozan también de una protección cuya eficacia es preciso no disminuir y que se deriva del hecho de que todo ataque a un buque mercante por un buque de guerra en tiempo de paz, ejecutado en cualesquiera condiciones y circunstancias, era considerado como un verdadero crimen, contrario a los principios más esenciales y a las leyes más sagradas de la paz entre las naciones. Esta protección, preciso es reconocerlo así, ha sido profundamente minada por los acuerdos de Nyon. A pesar de

(Continúa en la página siguiente)



todas las declaraciones, digase lo que se quiera, es inevitable que, por el hecho mismo de establecer una sanción de carácter colectivo para cierta categoría de ataques, se atribuya a estos ataques el carácter de específico de violaciones del Derecho internacional, mientras que, indirectamente, se subraya el carácter, por decirlo así, privado y particular de los que quedan fuera de esta categoría especial. El Estado cuyos barcos se libraron de uno de los ataques comprendidos en la categoría para la cual ha sido establecida una sanción colectiva, sería considerado como responsable de un verdadero delito, mientras que el Estado cuyas fuerzas navales se entreguen a ataques no comprendidos en dicha categoría aparecería ante la conciencia universal pura y simplemente como comprometido en una querrela de orden bilateral, y, por decirlo así, privada con otro Estado.

#### LA AMARGURA DE ESPAÑA

Ruego a los miembros del Consejo que consideren ellos mismos cuál sería vuestro estado de ánimo al constatar que los ataques a vuestros barcos realizados por cualquier barco de guerra, submarino o de línea, y en no importa qué condiciones y circunstancias, habían sido excluidos de la categoría de aquellos que, a los fines del establecimiento de una sanción colectiva, han sido elevados al rango (si puede hablarse así), de verdaderos delitos contra la ley internacional, para ser relegados a la categoría de simple querrela de orden particular entre dos Estados; y todo ello sin que vuestro país se encontrara en estado de guerra con otros Estados. Este es el caso de España. Esta es la situación que han creado los acuerdos de Nyon a los barcos de nacionalidad española. No puede causaros asombro la amargura con que presento estas consideraciones. El Gobierno español es de parecer que procede evitar el grave peligro que acabo de señalar y de manera tan contraria a los principios de equidad que afectan a su país.

#### REPARACIONES OBLIGADAS

Procede no sólo extender el sistema de protección colectiva a los ataques ejecutados por barcos de línea, igual que a los ataques submarinos, incluso si éstos se conforman a las disposiciones del Tratado de Londres de 1930, sino que, además, y sobre todo, hay que abolir la injustificable exclusión, que afecta a los barcos españoles, del sistema de protección colectiva creado por los acuerdos de Nyon. Tengo necesidad de añadir que, si fuera necesario, el Gobierno español no tendría objeción alguna que oponer a que las fuerzas navales encargadas de proteger al navegación, penetren en las aguas territoriales españolas, si a ello tuvieran necesidad de recurrir para cumplir su misión.

#### NO ES POSIBLE VIVIR DE FICCIONES

Permitidme, señor Presidente, que exprese francamente la opinión del Gobierno español, respecto de la situación en su conjunto. Una cuestión de tan honda gravedad política, como la que ha surgido recientemente en el Mediterráneo, no podrá ser resuelta de manera satisfactoria, tomando como base ficciones. El intento mismo de hacerlo, en problema tan grave, produce inevitablemente una atmósfera de desconfianza y de irresponsabilidad, en la cual ninguna solución digna, sólida y constructiva, podrá encontrarse. La condición primera e indispensable para resolver un problema de tal gravedad, es mostrar el valor y la lealtad consigo mismo, de plantearlo de una manera estrictamente conforme a la realidad. Así quisiéramos ver al Consejo abordar la cuestión de la seguridad en el Mediterráneo, examinando la realidad en todos sus aspectos. Para ello sería preciso, en primer término, prescindir de la ficción, según la cual las agresiones a barcos mercantes en el Mediterráneo son una

especie de fenómenos de la naturaleza, cuyos orígenes y causas fueron desconocidos o imposibles de establecer. Estas agresiones son obra de barcos de guerra, submarinos o de superficie, pertenecientes a un Estado determinado y que no pueden realizar sus ataques más que bajo la responsabilidad directa del Gobierno de ese Estado. Una vez más acabamos con el nefasto sistema, tan dañino para la paz del mundo, de cerrar los ojos ante la evidencia. El Estado anónimo cuyos barcos de guerra han ensayado, mediante agresiones constantes, crear en el Mediterráneo una verdadera situación de terror, es Italia.

Este hecho está evidenciado por testimonios múltiples y concordantes que el Gobierno español posee respecto a las agresiones de que han sido víctimas sus propios barcos mercantes, y sobre los cuales se apoya la exposición de hechos que figuran en la nota enviada por el Gobierno de la República al secretario general el día 21 de agosto.

#### ITALIA INTENTA IMPEDIR EL APROVISIONAMIENTO DE LA REPUBLICA.

Pero, si cabe, la responsabilidad de Italia aparece evidenciada de manera más categórica e irrefutable si se considera que tal conducta, por su parte, constituye una de las múltiples intervenciones italianas en apoyo de la rebelión militar en España, una intervención de tipo naval destinada a impedir el aprovisionamiento de la República por vía marítima. Esta es la verdad, la cruel verdad, ante la cual se encuentra, no sólo la República espa-

ñola, sino la comunidad internacional entera.

Mientras no se demuestre que nuestra interpretación es errónea, que nuestra manera de ver no corresponde a los hechos, nadie podrá legítimamente pedirnos que aceptemos como satisfactorias medidas y disposiciones que las desconozcan y que, por lo mismo, no podrán ser, en todo caso, más que expedientes que contendrán, sin duda, ciertas ventajas prácticas y limitadas sobre algunos puntos concretos, pero comportan también gérmenes de difultades y complicaciones ulteriores.

## El señor Negrín pronuncia un bello discurso, saturado de ironía, ante los periodistas reunidos en Ginebra

GINEBRA, 16. 12 noche. — Puede juzgarse de la atmósfera francamente favorable y de patente simpatía con que distinguen a la Delegación española los medios ginebrinos por lo sucedido esta mañana en el almuerzo que anualmente celebra en Ginebra la Asociación Internacional de Periodistas acreditados ante la Sociedad de Naciones.

La presencia en el banquete de la Delegación española fué acogida con muestras de gran simpatía.

Dirigió la palabra a los asistentes el presidente de dicha Asociación; habló después Agha Khan, presidente de la Asamblea, y en tercer

lugar, el primer delegado de España y jefe del Gobierno de la República, camarada Negrín.

Al levantarse a hablar el jefe de la Delegación española, fué acogido con una prolongada ovación, que adquirió el carácter de un verdadero y emocionante homenaje a la España republicana.

Litvinof cerró los discursos. Conviene destacar que asistían a la comida casi todos los delegados, y entre ellos los señores Eden y Delbos.

He aquí el discurso del camarada Negrín.

«Si cualquier día se nos llamase

a los fisiólogos para reformar el protocolo de los banquetes, tendríamos la seguridad de que se invertiría el orden habitual y se empezaría por los discursos. Un «speech» chispeante es un buen opagogo —dispensadme la pedantería profesional— y el mejor cocktail para excitar el buen humor ante una mesa. Un discurso, una plática pesada, pronunciada al principio de la comida a la manera de un entremés suplementario, no estropea por lo menos la digestión. Pero hasta que no se reclame nuestra calidad de expertos para establecer un nuevo rito, tendremos que someternos a las reglas habituales.

La ocasión requiere, y ello me es grato, que empiece rindiendo a la Prensa un homenaje en su calidad de institución. Pero se me ha dicho al oído que estamos aquí entre nosotros en un círculo muy discreto, en donde el secreto de lo que en él se refiere, es norma y ley. Podré, pues, dirigirme a vosotros con toda franqueza y deciros que mis alabanzas a la Prensa no pueden expresarse más que en una cierta forma agrídulce. Revolvendo entre mis recuerdos de los clásicos bastante estropeados por las preocupaciones y los cuidados de mi nuevo oficio, encuentro para establecer una parodia propicia, el bien conocido caso de aquel espíritu agudo. Esopo, si no me engaño, que era, además, un excelente cocinero y a quien habiéndole pedido su amo que le sirviera un día el mejor de los platos y al otro día el peor de ellos, le sirvió las dos veces lengua. Era, a la vez, lo más delicioso y lo peor de lo que había en Atenas: las lenguas.

Con la Prensa sucede lo mismo: Puede ser ella a la vez, el mejor y el peor de los manjares espirituales. Bien sé yo que sería muy diferente la Prensa si estuviera siempre hecha por periodistas y solamente por periodistas. Pero existen tantos factores que deforman la verdad a través de la Prensa o la pasión, los intereses, a veces no siempre, por lástima...

Pues bien; la perfección, si existe, no se logra de golpe, y la verdad, que ella, si existe, acaba por imponerse. En esto reside la esperanza de mi país, maltratado a menudo por la Prensa, por cierta Prensa, instrumento, en este caso, de las peores ambiciones. Y «volens volens», heme aquí llegado a hablaros de mi país, de España. No temáis que os moleste con el relato de nuestras luchas y nuestros problemas internos; no es ésta la costumbre nuestra. Jamás un español vendría a quejarse de sus propios compatriotas ante jueces extranjeros. Si por casualidad llegara un caso tal a producirse, se trataría, sin duda, de gentes guiadas por manos extranjeras, que aprovecharían así su apasionada ceguera. No, esto no entra en nuestra manera de ser, ni tampoco lo permite nuestro orgullo. No quiero decir que nuestro estilo sea mejor o peor que el ajeno; pero se trata de nuestro estilo español, y sentimos gran amor por él. Para resolver nuestros asuntos internos, nos bastamos a nosotros mismos. No queremos la ayuda ajena.

Este ha sido siempre el principio de España. Este, el principio que hemos mantenido y que mantendremos. Pero unos extranjeros a quienes España había prestado noble acogida, han aprovechado, actuando como instrumentos de una política de expansión económica e imperialista en otros países, para sembrar en España la discordia entre los españoles, excitando hábilmente los extremismos, tanto los de un lado como los del otro. Tenemos hoy en nuestro poder el hilo de esa trama, que prueba una vez más la técnica maravillosa de los medios que dominan en ciertos países, y que son maestros en el arte de la doblez en sus relaciones internacionales. Hemos sido las primeras víctimas de ello. Cuidado con las otras. No seremos nosotros las últimas. Sembrar la discordia en primer lugar, estimular y provocar la rebe-

(Continúa en la página siguiente)

# Hitler y Mussolini, Napoleones en tiempo de paz

El jefe del Gobierno legítimo de la República española, doctor Negrín, ha pronunciado, ante los periodistas reunidos en Ginebra, un discurso mordaz y sincero, ingenioso y altivo. El doctor Negrín, luego de intervenir en la sesión de la Sociedad de Naciones, ha dicho, sin protocolos ni veladuras, las palabras sencillas y profundas a un mismo tiempo, que reflejan la situación amarga, digna y orgullosa, del pueblo español en las actuales circunstancias. Ahí tiene el mundo la verdad de España, de una España dolorida que aún no ha perdido la inapreciable condición de la sonrisa, de una España trágica que no abandona la compostura para señalar con el dedo y con la lengua a sus enemigos. Por todas partes el genio español ha creído —y es tradición que le honra— ver gigantes donde tal vez sólo hubo enanos o aspas de molinos. A unos pasos de la propia y cervantina llanura manchega las gesticulaciones de Mussolini se quedaron en su realidad escueta. Pero hay otro molino —molino que no ruele en un pueblo sin pan, en un pueblo que comulga a la fuerza con las ruedas de ese aspaviento dictatorial— propenso a hacer toda suerte de ejercicios con sus brazos endeble y su furia antisemita. Hitler y Mussolini se han empeñado en la loca tarea de asustar a España sin otro fin oculto ni propósito declarado que meterle al mundo el miedo en el cuerpo. Pero al mundo —super-Maquavelo cambiante y volante, tornasolado y fugaz— también le ha llegado la hora de la sonrisa. Sonríe Ghandi, arropado en su sábana inmaculada y sonríe el Negus, arrebujaado en los embozos morenos de su candente capa abisinia. Una buena capa lo oculta todo menos una buena sonrisa. Sonrieron, al oír las palabras del doctor Negrín, los periodistas y hombres de Estado que le escuchaban en una plácida sobremesa, en la que los problemas más turbios se hacían luminosos, por arte de doctor y no milagro de curandero, y fáciles como nunca lo fueron de resolver. La palabra clara del jefe del Gobierno español descubría ante los ojos azules de Mr. Eden —cándido y mensajero de la paz como la insulsa y simbólica paloma— un nuevo Mediterráneo, soluble en sus propias aguas, insondable en su misma superficialidad, enturbiado adrede por los dictadores liliputienses y convertido en transparente y lúcido remanso por la voluntad del doctor español que decía, limpia y simple, la honrada verdad. El arduo problema mediterráneo no es tal problema ni es tan arduo. Basta para resolverlo con un poco de buena voluntad. Basta con

un poco de valor. Los pueblos deben saber que si Mussolini grita es para que le adviertan y no le pisen; que si Hitler vocifera es para romper el sigilo, que acusa y acompaña fatalmente a los culpables como la sombra al cuerpo. Y en la sombra negra del «führer» está la sangre de su amigo más íntimo, asesinado en una noche oscura de santos nacionalsocialistas, llámense Bartolomé o Adolfo. Y en la sombra del «duce» romano, imperial y cínico, está la cara lívida de otro amigo ejemplar, Matteotti, purgado y muerto con el ricino fascista para aumentar las culpas del nuevo régimen totalitario.

Si, señor Mussolini, el pasmoso Mr. Eden —pásmese usted ahora— ha sonreído con sus ojos azules que se hacían dos rendijas oblicuas cuando miraban al pálido Agha Khan, que recuperaban su horizontalidad de horizontes marítimos, con cruceros y destroyers, cuando miraban a M. Delbos. Así ha sido. El mundo entero espera ahora su respuesta, su gesto de alborotador supremo. Pueda ser que sea usted en estos momentos quien sienta que se le va, que le da vueltas, que se le aturde, esa hermosa cabeza que tiene. Su cabeza también forma parte de un sistema planetario. Su cabeza describe una órbita alrededor de la cabeza de Julio César. En el firmamento imperial su testa gira buscando el eclipse con la cabeza de Napoleón. Eclipse con sombra de tricorno. Pero la sombra de Napoleón es demasiado inquieta para que usted oculte sus fechorías. Napoleón supo en la última demanda envair y perder la partida de Waterloo. Ahora le ha llegado a usted el turno fatal de los emperadores.

En sus correrías, usted tiene un amigo, Hitler, también arriesgado Napoleón en tiempo de paz. No es un amigo de fiar, pero no importa; la política fascista se funda precisamente en eso: en tener un buen amigo de quien poder desconfiar. Esos son los amigos para las grandes ocasiones. Su amistad con el «führer» le ha servido a maravilla para enturbiar las aguas del Mediterráneo. Pero ahora —¡quién lo iba a decir!— hay que dar explicaciones. Hay que ser emperador hasta el final y atreverse a pronunciar las últimas palabras. El pueblo español, al que usted quiso negar la voz y el voto, ha recuperado el habla y ha dicho cuanto tenía que decir. España no es, como pudo parecer, un país silencioso. No cabe, pues, hacerse el sordo, porque las palabras de España, rotundas y bien medidas, no son, a diferencia de las que usted tanto prodiga, palabras necias.



# Un Discurso y un Doctor

Ginebra. Un lago espacioso, cuidado como un jardín inglés, que esparce tedio. Manes de Juan Jacobo, ¡perdón! Allí está la verdadera sede de la preciosa comedia «shakespeariana» *Much ado for nothing*, o como quien dice en castigo, mucho ruido y pocas nueces. De vez en cuando, unos señores muy graves, como esos locos que hacen de papas y emperadores, sienten la tentación del maligno y juegan a hacer comedias. Aquel Oberon que convirtió al estúpido artesano de Atenas en lo que realmente era: en un asno de erizadas y ásperas orejas, y luego hizo que la reina, enamorada de su figura, le coronase de flores, parece que en ocasiones se ha propuesto turbar con sus subileteos y transformismos la paz letal de la ciudad del aburrido lago. Ginebra una vez más. Un banquete —por esta vez la comedia es drama, y de los sangrientos— de periodistas, diplomáticos, solemnnes funcionarios y políticos de todas partes, de esos que dicen responsables. ¿Quién es aquel hombre, el que lo preside, alto, fuerte, voluminoso, joven, algo desgarrado, de alta frente espaciosa, que habla con voz familiar e insinuante, el medio tono de los hombres que afinan, y cautiva con su palabra al difícil auditorio? Oficialmente es el español que preside en horas trágicas el Gobierno legítimo de España; pero fuera de las pompas y vanidades oficiales es, sin más ni menos, que el doctor Juan Negrín.

Poco, hasta hace poco, decía este nombre a las gentes del común; un nombre más, aunque se trataba de uno de los pocos fisiólogos que España tiene. Era un nombre anónimo, si así puede decirse. Los estudiantes de Medicina le conocían —ya lo creo— y le temían por su severidad en la hora del examen, y no menos por su entereza de ánimo y valentía al enfrentarse con las pandillas de tumultuarios inconscientes que perturbaban con harta frecuencia lo que debiera haber sido vida estudiosa y calma de la Facultad. También le conocían algo los políticos de la Cámara —ellos tan bulliciosos y aparentes, él tan quieto y de realidad. Y quien menos le conocía, seguramente, era el pueblo. Y no ciertamente porque no circulara entre él, porque fuera un apartadizo de la multitud, sino porque, a usanza de discretos, pasaba por sus filas bulliciosas sin meter ningún ruido, poniendo exquisito celo en no hacerse notar, en pasar inadvertido, con sus grandes y claros ojos alerta, como antenas de máxima receptibilidad que todo lo captan, y su permanente sonrisa de niño bolognés, máscara sutil que encubre una voluntad tenaz, robusta fe y perspicuo entendimiento. Del mismo modo —tan en silencio vigilante— un palomero suyo, don Benito Pérez Galdós, paseó durante dos cuartos largos de siglo su larga humanidad por los caminos reales y verdaderos de España —trágicos e insólitos caminos, en los que el fiero dolor, que corre en torrente por ellos, se vierte entre expresiones geniales de chanza y burla del Destino.

Al doctor Negrín apenas le conocía nadie hasta ahora, fuera de los profesionales de la ciencia que él cultivaba como especialista: la Fisiología; y ello, sin duda, hacía su regocijo. Viéndole tan propio a jugar papeles mudos, de eminencia gris, huyendo de toda escena con copia de reflectores, fotografías y candilejas, solía yo decirle en broma, cuando los dos estábamos en lo llano de la historia (yo sigo, por dicha, abajo; a él la tragedia nacional le ha puesto súbitamente sobre la cresta vertiginosa de la ola terrible), solía yo decirle en chanza y para pincharle un poco con palabras de Nietzsche, «que el pavón más vanidoso era el que desplegaba rara vez su luciente abanico». No era esto justo aplicado a tal varón; pero la amistad tiene sus licencias, y a ratos, sus injusticias.

Ahora se le conoce más particularmente como Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros;

pero al doctor Juan Negrín... Y precisamente ha sido éste quien ha hablado, derramándose con la generosidad y energía heráclita con que él sabe darse a la vida, ante un auditorio cauto, tal vez corrompidamente cauto, y difícil, en el banquete de los periodistas ginebrinos. El señor presidente del Consejo habló en el salón de actos de la Sociedad de las Naciones; el doctor Juan Negrín, en la hora del ágape, en la que se parte la sal, el pan y el vino. Sabido es que los antiguos griegos, maestros en todo, guardaban para esa hora sus más floridas palabras y sus más caros, dulces y altos pensamientos. El doctor Negrín, nacido en una isla africana del Atlántico, por algunas facetas de su espíritu serio y zumbón, por su gran arte social, por su sutileza, se dijera haber visto la primera luz bajo el cielo terso del Atica. Los que sabemos desde hace tantos años quién es el doctor Negrín (de vez en cuando nos lo vienen a descubrir los que nada saben ven por anticipado, los cortesanos de todos los poderes) podemos asegurar que ese breve discurso de «simposio» lo retrata de cuerpo entero, en sus mejores rasgos. Quien quiera conocer a este hombre singular, hombre, que no personaje, que lo lea despacio, en su sentido expreso y entre líneas.

He aquí la verdadera elocuencia, la del hombre que no es externamente elocuente, en el sentido de la retórica, la del «vivir bonus» de Quintiliano; la sencilla elocuencia que mana de la plenitud de entendimiento y corazón. ¡Y qué cosas ha dicho el doctor Juan Negrín al ilustre senado que presidía! El humorista de las breves palabras del exordio, hombre que conoce sus clásicos, fingiendo siempre ignorarlos (el doctor Negrín es el antipoda del pedante y un terrible y peligroso fingidor de ignorancias), desemboca prontamente en el patriota español, herido en lo íntimo de su ser y, ante tanto prócer de la cautela y de la hipocresía, dice con lisura la tremenda y orgullosa verdad española; y la dice con palabras, de oro por su desnudez, que, no bien han brotado de sus labios, cuando entran ya de lleno en la alta justicia de la Historia que, por dicha, no es la usadera en ciertas juntas de políticos. «No temáis —les ha dicho— que os moleste con el relato de nuestras luchas y nuestros problemas internos; no es esta costumbre nuestra. Jamás un español vendría a quejarse de sus propios compatriotas ante jueces extranjeros. Si por casualidad llegara un caso tal a producirse, se trataría, sin duda, de gentes guiadas por manos extranjeras, que aprovecharían así su apasionada ceguera. No, esto no entra en nuestra manera de ser, ni tampoco lo permite nuestro orgullo». Esta voz sencilla parece que viene de los lugares preclaros de nuestra mejor historia. Su sentido patriótico, encendido y luminoso, le hace decir para los olvidadizos: «Creemos en los destinos de España, cuyo sentido de la universalidad constituye su huella espiritual característica a través de su historia y de las manifestaciones de su genio». Y, para terminar, estos párrafos dignísimos y realistas: «Nuestro país saldrá de la prueba actual fuerte, unido, independiente, y los españoles, todos los españoles, nos esforzaremos por colocarle en el lugar que le corresponda. Y entonces, solamente entonces, la prensa, el mundo, la historia, nos harán justicia; ello servirá para curar un poco nuestras heridas. Pero la sonrisa irónica quedará para siempre fija en nuestros labios».

Si, este que así habla es nuestro doctor Juan Negrín. Y no hay sorpresa en ello, para los que le conocimos de antaño. ¡Buenas palabras de un español universal, que son palabras de todos los buenos españoles de todos los tiempos de España!

JUAN DE LA ENGINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

## Discurso del Sr. Negrín ante los periodistas

(Continuación)

después, y ayudarla más tarde con todos los recursos materiales y humanos, los cuales servirán en un momento dado para garantizar y conservar las ventajas logradas: he aquí los nuevos métodos para conquistar a un país y apropiarse de sus recursos y sus riquezas. Todo ello es cierto. El mundo es testigo de ello. Una sabia propaganda iniciada con anticipación hace circular después una nueva leyenda contra España; la leyenda roja. Ha circulado ya sobre nuestra patria una leyenda negra, exagerando los hechos que, en épocas de

lucha religiosa o de intransigencia, se han producido en todas partes. Al achacarlos especialmente a España, exclusivamente a España, se cometía con ello la mayor injusticia hacia nuestro país. El momento de la leyenda roja ha llegado, pues... Ciertos hombres que quieren hacer de Napoleones de menor cuantía en tiempos de paz, y a los cuales agrava, después de desfiles más o menos fanfarrones, pronunciar discursos ruidosos, se han esforzado últimamente en «trajar en términos increíbles a mi país. Como decía en alguna parte

Maquiavelo, les falta, sin embargo, la sonrisa para ser príncipes.

La rebelión militar, dicen —la que han provocado ellos por completo—, se produjo para impedir que el comunismo se apoderase de España. Y si luego la han apoyado ellos (si es esto una confesión notable), débese a que tenían intereses que defender en nuestra tierra.

Cuando estalló en nuestro país, señores, el complot forjado por el Señor Mussolini y Herr Hitler, con la ayuda de algunos ingenuos y sensatos engañados por esos espíritus satánicos, el Gobierno de España

## “Jamás un español vendría a quejarse de sus propios compatriotas ante jueces extranjeros”

na era un Gobierno republicano moderado, en el que no había socialistas ni comunistas. España, señores, era entonces y siguió siendo durante mucho tiempo, uno de los pocos países de Europa que no habían restablecido las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Cuando la Unión Soviética, país al cual nos liga actualmente una cordial amistad, apoyó diplomática y moralmente la justicia de nuestra causa, lo hizo sin necesidad de contrapartida, sin peticiones ni demandas. Y de este desinterés es justamente de donde el Gobierno encuentra su mayor fuerza.

Como colofón de esa leyenda, se arrojan sobre nosotros las peores injurias. ¡Singular ironía! Y ello se hace por el que ha desterrado, maltratado, torturado, hecho asesinar a los mejores de entre sus propios compatriotas por motivos raciales, religiosos, políticos o cualesquiera otros. Por el que ha reproducido, ampliándola una nueva San Bartolomé y que aquella misma noche salió en avión para ejecutar personalmente pistola en mano, a su amigo más íntimo.

Los hombres que regimos los destinos de España no nos hemos manchado nunca las manos.

En una época dura de exaltación y de mitines, en la que los crímenes y la provocación han puesto, como ocurrió en todos los países en caso semejante, su huella inevitable, los diversos Gobiernos que se sucedieron, trataron siempre de lograr, y lo lograron por fin, el restablecimiento del orden y la auto-

ridad, y castigaron y castigarán los abusos y los excesos.

Unos cuantos hombres, alguno de los cuales no tuvieron jamás ambiciones políticas ni de poder y sienten, además, un desdén irónico— por no decir desprecio— de la notoriedad, la celebridad y la gloria, se han congregado para servir a su patria y también —tienen de ello plena conciencia— para servir al mundo entero.

Creemos en los destinos de España, cuyo sentido de la universalidad constituye su huella espiritual característica a través de su historia y de las manifestaciones de su genio. Recordad la historia de nuestros siglos XV y XVII. Recordad en ella a los adelantados del nuevo concepto de la organización de las naciones, del que fueron precursores ortodoxos como los padres Mariana, Vitoria y Suárez, y también heréticos como Valdés y Miguel Servet. Recordad a los ignacianos, cuya base prístina es justamente ese sentido de la universalidad. Recordad, en fin, nuestro arte y también nuestra mística tan esencialmente española y cuyo aliento es sobrehumano, sobreterrestre, universal en grado infinito.

Nuestro país saldrá de la prueba actual fuerte, unido, independiente, y los españoles, todos los españoles, nos esforzaremos por colocarse en el lugar que le corresponde.

Y entonces, solamente entonces, la Prensa, el mundo, la historia, nos harán justicia; ello servirá para curar un poco nuestras heridas. Pero la sonrisa irónica quedará por siempre fija en nuestros labios».

## La Prensa de Hitler glorifica a sus cómplices

### La invasión italiana en España

«Después de la conquista de Santander, Italia muestra francamente su intervención en España. El hecho de que gran número de voluntarios italianos venía luchando en España, en formaciones cerradas [por la moral europea y contra el bolchevismo], era conocidísimo ya antes de publicar Mussolini su serie de artículos en el «Popolo d'Italia». Después de la caída de Santander, se dio otro paso: se publicaron los nombres de las unidades de legionarios italianos que luchan en España y se dieron a conocer también los nombres de los generales que prepararon la victoria de Santander.

De estos generales, Ettore Bastico es el más destacado, no sólo por haber sido jefe del tercer cuerpo de ejército italiano en Abisinia, que fué llamado después «columna de hierro», sino porque su nombre está ligado también al desarrollo de la teoría bélica italiana. Bastico, vecino de Bolonia, escribió fundándose en sus experiencias de la conflagración europea, una obra de tres tomos sobre el desarrollo del arte de la guerra. (L'Evoluzione dell'Arte della Guerra). Esta obra fué muy comentada en el extranjero. El mariscal Badoglio, después de haber sido nombrado jefe supremo en Abisinia, no vaciló ni un momento en confiar al general Bastico —que mandaba entonces la división de «camisas negras» «23 de marzo»— el mando del tercer cuerpo de ejército, que acababa de formarse. Bastico ha publicado recientemente sus experiencias de la guerra contra Abisinia, en un libro titulado «El tercer ejército en AO».

«Viejo Africano» es también el inspector supremo de los legionarios, el general y diputado Attilio Teruzzi. Antes de ser enviado a Abisinia, ejerció como hombre de confianza de Mussolini, el mando de la milicia fascista. Los diversos jefes de las divisiones italianas en España gozan también de gran popularidad. El general Bergonzoli, comandante en jefe de la división «Littorio», se cubrió de gloria en la toma de Santander; es el mismo a quien Mussolini calificó, en su famoso folleto de Guadalajara, valiente hasta la imprudencia y al que los legionarios bautizaron a causa de su barba característica, «Barba eléctrica». Este general pertenece ya a los veteranos de la guerra española. Hay que destacar también a Luigi Frusci, que tuvo el honor de ser el primero en entrar, a la cabeza de su división «llamas negras», en la ciudad conquistada. El tercer general de las legiones de Francisci, que manda la división «Vampe nere». Las nombradísimas «flechas negras» —división mixta— la mandaba el general Piazzoni, famoso por su ferocidad.

La aviación de los legionarios obtuvo también buenos éxitos no sólo en Santander, sino también durante las semanas anteriores. A través de las publicaciones oficiales, se dan a conocer ahora los nombres de quienes organizaron la aviación en España; son los generales de la aviación Bernasconi y Velardi. El general Favagrossa era de intendencia, y es conocidísimo el papel que desempeñó en Abisinia. Pero los italianos han pagado muy caro sus buenos éxitos en España. Hasta ahora han sido publicadas ocho listas de víctimas, en una de las cuales figura el general Liuzzi, muerto en la batalla de Guadalajara.

(«Berliner Tageblatt», 10-IX-3.)



# La labor constructiva de la República

## El Sanatorio Neurológico de Godella

La Psiquiatría y la Neurología habían estado durante la época monárquica totalmente abandonadas de los poderes públicos. Solamente el esfuerzo privado de los hombres que se dedicaban a estas ciencias consiguió crear algunos centros y formar una escuela de investigadores logrando, gracias a su tenacidad, despertar en la juventud médica un interés por dos ramas tan importantes de la medicina, interés puramente científico ya que la España anterior a la República carecía casi totalmente de instituciones donde poder aprovechar los conocimientos de los nuevos especialistas.

Aparte de algunos sanatorios particulares de Madrid, Barcelona, y alguna otra provincia el resto eran manicomios de tipo antiguo donde se hacían los enfermos mentales. Establecimientos siempre abarrotados, con escasísima consignación, insuficiente asistencia facultativa, sin personal auxiliar especializado, verdaderos depósitos de locos donde estos eran recibidos, más que nada, para apartarlos de la sociedad y donde el entusiasmo y los esfuerzos de los psiquiatras directores se estrellaban ante la indiferencia de las autoridades sanitarias.

La República creando, a poco de su advenimiento, el Consejo superior psiquiátrico, aumentando las consignaciones para Higiene mental y construyendo edificios de nueva planta con arreglo a los planes que la Arquitectura moderna establece para este tipo de Hospitales consiguió dar nuevo rumbo al problema de la Asistencia psiquiátrica.

A pesar de la guerra, el interés del Gobierno no ha decrecido en este sentido sino que, continuando la obra de anteriores Gabinetes, ha impulsado con mayor intensidad la creación de centros donde los enfermos mentales y nerviosos puedan ser tratados adecuadamente.

Por un decreto del seis de agosto del presente año se reorganiza la Asistencia psiquiátrica de acuerdo con las normas de la Psiquiatría moderna y se la hace función directa del Estado. Se establece la creación de tres clases de establecimientos: El Dispensario; el Hospital psiquiátrico y la Colonia psiquiátrica, cada uno con su misión determinada.

Se están haciendo ya, con gran celeridad, las gestiones para llevar a la práctica estos proyectos y próximamente serán abiertos algunos, especialmente Dispensarios.

Una de las necesidades que más agudamente se hacía sentir era la de atender a los heridos de guerra con lesiones nerviosas en un Nosocomio especializado.

Hace algún tiempo se satisfizo esta necesidad abriendo en el pueblo valenciano de Godella un magnífico edificio con capacidad para cuatrocientas cincuenta camas.

Situado a escasos kilómetros de un gran centro urbano, pero lo suficientemente aislado para que los enfermos encuentren el reposo indispensable, el Hospital está, además, rodeado de un espléndido parque donde los pacientes, cuyas lesiones lo permiten, pasan gran parte del día.

# En La Coruña franquean la correspondencia con sellos alemanes

## Los súbditos españoles residentes en Alemania son detenidos arbitrariamente y trasladados a puertos facciosos, donde son encarcelados

En la Fiscalía general de la República se ha recibido, del Fiscal de la Audiencia provincial de Gerona, el siguiente oficio:

«Tengo el honor de informar a V. E. que, según he podido comprobar por la declaración de un vecino de esta ciudad y unas cartas de un hijo residente hasta el treinta de marzo último en Alemania, la policía de este país detiene arbitrariamente a los súbditos españoles que en él residen, llegando a conducirlos contra su voluntad a puertos facciosos, donde son encarcelados.

Adjunto a este informe las cartas y declaración a que el mismo se refiere.

Gerona, 27 de mayo de mil novecientos treinta y siete. — Enrique Fernández Alvarez, rubricado. — Excelentísimo Sr. Fiscal General de la República.

La declaración a que el oficio anterior se refiere es la siguiente:

«En la ciudad de Gerona, a 27 de mayo de mil novecientos treinta y siete, ante el Sr. Fiscal de esta Audiencia, actuando de Secretario el Teniente Fiscal de la misma, comparece el que dice llamarse Manuel Gascón Rebaza, natural de Cañada

de Benatanduz (Teruel), de 60 años de edad, casado, domiciliado en esta ciudad, calle Santa Eugenia, 3, el cual manifiesta:

«Que el declarante tenía en Berlín un hijo, llamado Jaime Gascón Roda, el cual era profesor de idiomas y nunca se había mezclado en política durante su estancia en Alemania; que tuvo de él noticias hasta el 11 de marzo último, en cuya fecha le escribió una carta desde Berlín, en la que le manifestaba, entre otras cosas, que la policía alemana le había quitado su pasaporte. Que posteriormente y por una carta que le llegó de Budapest sabe que su hijo fué llevado a la fuerza a La Coruña, en unión de otros cinco ciudadanos españoles, también residentes en Alemania, e ingresados todos en la prisión de dicha capital; que después solamente le ha llegado una postal de su hijo fechada en La Coruña con sello alemán. Que es todo lo que tiene que declarar y que pone a disposición de la Fiscalía las cartas y postal aludidas que exhibe y entrega en este acto.

Leída que le ha sido la presente, la firma con el señor Fiscal. Certifico. — E. Fernández (rubricado). — Manuel Gascón Rebaza (rubricado). — Hay una firma ilegible (rubricado).»

Sus espaciosas salas se distribuyen en tres pisos, el primero de los cuales está dedicado a lesiones del sistema nervioso; el segundo a neurocirugía y el tercero alberga una sección para neurosis de guerra.

Existen en él secciones de electrodiagnóstico, electroterapia, masoterapia, radioscopia, diatermia, dos quirófanos para operaciones quirúr-

gicas de sistema nervioso dotadas del material necesario e instaladas entre las salas de anestesia y antisepsia y otra especial donde permanecen los operados, después de la intervención en una atmósfera de temperatura uniforme y acondicionada con la delicada atención que requiere esta clase de heridos.

En la actualidad solamente hay

ocupadas, por fortuna, una sexta parte de las camas, pero la previsión de las autoridades sanitarias castrenses ha querido crear de una vez para siempre una Institución que sirva a las necesidades militares durante la guerra y puede quedar para el porvenir como centro modelo de neurología y neurocirugía.

# EL PUEBLO ESPAÑOL EN ARMAS

Por el Dr. PABLO M. MINELLI

(Continuación)

vasca —que poseía el 90 por ciento de los buques que navegaban sin itinerario fijo con el pabellón español— dió a Gran Bretaña toda clase de ayuda, perdiendo al rededor de 50 barcos con un tonelaje total de más de 101.000 toneladas. El número de víctimas fué muy alto, pero el pueblo vasco consideró un honor defender la civilización y el progreso en esa forma.»

## Actuación de las naciones institucionalmente democráticas

Ante todo, conviene insistir sobre algo elemental, que, en este caso, es de esencia. Conviene distinguir entre naciones y gobiernos. Si por nación entendemos las grandes masas populares de un país, y por gobierno los agentes de las clases que controlan el poder público, la diferencia entre esos dos conceptos es esencial.

Hecha esa distinción podemos contestar concretamente. Frente a los sucesos españoles, las naciones democráticas, especialmente Gran Bretaña y Francia, han sido, hasta ahora, frustradas por sus gobiernos. El principio de no intervención que consigna el Derecho Internacional ante un país en estado de guerra civil, es el que dispone que las otras potencias no pueden obstaculizar las medidas que adopte el gobierno legítimo para establecer la paz interior. La clásica regla de no ingerencia, lo que determina es que no se deben suministrar pertrechos a los insurgentes, ni admitirse la organización de expediciones militares contra los gobiernos establecidos.

Ese principio, claro y categórico, es groseramente violado por los gobiernos de las naciones democráticas. Lo que ellos hacen frente a España es, precisamente, lo contrario de lo que preceptúa el derecho internacional: obstaculizar, por todos los medios, las medidas que el Gobierno español procura imponer en defensa de la tranquilidad interna.

Del auténtico principio de no intervención, lo único que utilizan los citados gobiernos, es el rótulo. Toman el rótulo para cubrir un contenido diametralmente opuesto a lo que estatuye el Derecho Internacional; un contenido que subvierte normas esenciales de ese derecho.

## La responsabilidad de los Gobiernos de Inglaterra y Francia

En realidad, aquella conducta no puede ser más grave. La responsabilidad inmediata de los hechos recae sobre los Gobiernos de Inglaterra y Francia, especialmente sobre el primero.

En el conflicto hispano, ninguno de ellos ha defendido, por el momento, la democracia: ni la de España, ni la de sus propios pueblos, ni la del mundo. Su pasividad permite que la rebelión se desarrolle y sostenga. Al amparo de la nueva «regla de no ingerencia», los insurrectos no dejan de recibir, un solo instante, toda especie de refuerzos. La guerra se mantiene, exclusivamente, por obra de la ayuda extranjera. Todo un pueblo es sacrificado en mérito a esa intervención. Las pequeñas democracias del mundo ven amenazada su propia existencia. La política exterior de sus gobiernos se transforma en una duda permanente. ¿Cuál de los dos ejes deben seguir? ¿El de Roma-Berlín o el de París-Londres? Algunos ya se han dejado absorber por el eje dictatorial. La mayoría vacila. La consecuencia directa es el derrumbe total de la seguridad colectiva.

## El índice acusador se dirige hacia Londres

La historia de ese proceso empieza a hacerse. La conciencia del mundo comienza a captar la realidad. De todos lados el índice acusador se dirige hacia Londres. La resignación de los pueblos tiene sus límites.

Oigamos ese pensamiento dentro de la propia Inglaterra.

A fines de junio de este año, Archibald Sinclair interpelló en los Comunes al canciller británico. En el curso de su requisitoria dice: «La firma de lo que se llamó acuerdo de caballeros, celebrado entre los Gobiernos de Inglaterra y de Italia, en el mes de enero, fué la señal para una intervención activa de parte de Italia en España, en una escala mucho mayor de lo que se había intentado hasta entonces.» «... el número de tropas alemanas e italianas que se hallan en España, se aproxima a más de los 100.000 que a 80.000. Las brigadas internacionales que luchan al lado del Gobierno de España ascienden probablemente a unos 15.000 hombres.» «Yo sugiero que los Gobiernos de Francia y de Gran Bretaña declaren que la Comisión de No Intervención ha fracasado; que piensan proveer de armas al Gobierno de España, de acuerdo con los convenios comerciales corrientes, y que todo el problema español sea presentado a la Sociedad de las Naciones.»

La posición de Lloyd George no es menos terminante. He aquí algunas de sus expresiones pronunciadas en la misma sesión del Parlamento: «El primer ministro dijo que manteníamos una actitud de absoluta imparcialidad; pero ser jueces imparciales no significa dar completa libertad al abogado de una parte y sofocar constantemente al abogado de la otra. Lo que ocurrió en Bilbao fué que Alemania e Italia dispusieron de libertad. Enviaron suficientes aeroplanos y cañones para abrirse camino, mientras el pueblo de Bilbao no tenía prácticamente nada. ¿Es esto imparcialidad?... ¿Cuánto tiempo sigue esta cruel impostura?»

Léase parte de lo dicho por el líder laborista Atlee, también en la referida circunstancia: «Yo digo que el acuerdo de no intervención no ha funcionado honestamente. Las restricciones se aplicaron siempre primero al Gobierno español y después a los rebeldes.» «Debe permitirse al Gobierno español que se procure armas en las fuentes que pueda. Deben serle restablecidos plenamente los derechos que le corresponden como miembro de la Liga y convocar a la misma para que le ayude a defender su integridad.»

Reproduzcamos el pensamiento del legislador laborista Herbert Morrison. Véase algunas de sus manifestaciones formuladas en su discurso del 11 de julio: «La política llamada de neutralidad no sólo se convirtió en una farsa durante meses, sino que, lo que se conocía con el nombre de no intervención era algo que los Estados fascistas empleaban contra el Gobierno legal español y contra las libertades del pueblo hispano.» «Lo que no acepto es la buena fe del Gobierno británico. Impuso el embargo a los envíos de armas antes de que los fascistas acordaran hacerlo también en forma oficial y aún con eso, las potencias fascistas faltaron a su compromiso. No obstante esta mala fe, el Gobierno británico repitió su procedimiento en cuanto a los voluntarios, impidiendo que fuesen a España mucho antes de que los países fascistas entraron en el acuerdo respectivo y, por supuesto, que luego no lo cumplieron. La política del Gobierno británico fué tal que favoreció a Franco y, en cambio, el Gobierno legal español sufrió todos los inconvenientes.»

El legislador Hugh Dalton, contestando al ministro Eden, en la sesión parlamentaria del 19 de julio, declara: «... Creo que en el Gabinete británico hay quienes son grandes partidarios de Franco.»

El semanario «The Economist», de Londres, una de las publicaciones más prestigiosas entre las clases conservadoras, en su edición del 26 de junio, manifiesta: «Si Alemania persiste en su intención de hacer la guerra

(Continuará)